

Oculto oficio (2)

Recuerdo que a mediados de abril se levantaba un rumor festivo en el viejo Instituto de Icod por la celebración del Día del Libro. Vicente, Víctor, Carlos y yo aguardábamos el retorno de aquella fecha rutilante abrumados por la ansiedad. Por todas partes se percibía dinamismo, agitación. Los profesores desfilaron a zancos de un lado para otro, atareados, dándose órdenes. Teníamos representaciones dramáticas, exposiciones de dibujos, poetas invitados (un año acudió el deslumbrante Rafael Arozarena, otro una Cecilia Domínguez intimísima, y otro fue anunciado a bombo y platillo un tal Arturo Maccanti, aunque al final nos dio plantón) y sobre todo teníamos el certamen de cuento y poesía, al que invariablemente nos presentábamos con la turbación emocionada de unos chiquitos aldeanos.

De una de esas representaciones estrepitosas, la de *Tres sombreros de copa*, me vino la amistad con Pastor, que para asombro de todos hizo un Dionisio magistral. Yo nunca había visto despertarse entre los alumnos un aplauso admirativo semejante al que causó el Dionisio de Pastor. Fue una cosa unánime. De repente el muchacho translúcido y bizco, con calva inaugural, se nos reveló con una dimensión audaz, inesperada, a pesar de lo cual, que yo sepa, nunca volvió a hacer teatro. Treinta años después, Pastor me acompañó en la edición de la revista *Vulcane*, estampada con las mismas máquinas que dieron *La Comarca*, el periódico local en que Emeterio Gutiérrez Albelo publicó sus primeros poemas, cuajados de toda aquella majadería modernista de principios de 1900.

A lo que íbamos. Vicente, Víctor, Carlos y yo estábamos convencidos de que una edición más el jurado repartiría los premios entre nosotros, aunque el galardón mayor se lo llevaría Vicente, como era de esperar. No había quien me quitara de la cabeza que aquel jurado lo gobernaba un único miembro todopoderoso: la profesora Marina Chávez, el hueso de aquellos tiempos de 1980. A Marina la temíamos y la admirábamos a partes iguales. Parecía consagrada espiritualmente a la literatura y la rebusca maniática del plumillas novicio, y Vicente fue el primero en probar ese jarabe.

Tenía aquella profesora como un aire inolvidable de monja descocada y bifaz, con sus sesgos de severidad jacobina y mueca servicial. En cierta ocasión nos contó que en tiempos de su carrera universitaria se había echado un noviete rico con

Fiat descapotable. En el bólide de aquel incauto se pavoneaba una Marina Chávez convertida de pronto en una actriz americana con gafas de sol y pañuelo amarillo envolviendo sus cabellos. Nunca olvidaré aquella confidencia inopinada, que consideré incierta por demasiado novellesca. Me parece que se la había inventado para sacudir su reputación de pelma eterna de la poesía.

En efecto Marina Chávez tenía el apasionamiento vehemente de las santas tísicas y cuando se excitaba demasiado le venía un ahogo místico al pecho que le ocasionaba una voz de oboe dramática y falsa. A veces aparecía por clase como recién emergida de una resaca de champán, erotizada hasta las trancas por el llamado sublime de no sé qué poema de Darío o de Neruda, vestida con unos trajes estrafalarios y demodé. Era imposible, viéndola así, no contagiarse de su narcosis poética y caer rendido ante la visión de sus pantorrillas nacaradas. Me fascinaba, lo confieso, y lo declaro hoy porque de haberlo hecho entonces, los chicos me habrían pasado por la tabla, y con toda razón, pues mi estrategia de niño terrible consistía en desdeñarla públicamente.

Tenía aquella profesora como un aire inolvidable de monja descocada y bifaz, con sus sesgos de severidad jacobina y mueca servicial

En esa época los chicos éramos camaradas inseparables, y algo insufribles, la verdad. Carlos bastante menos, pues era unos años más joven, natural en sí mismo, sin maldad, con el cabello negro y en sortijado del jabalí pero mudo y pálido como un pajarito de jaula. Años más tarde, des-

pués de perderlo de vista una larga temporada, coincidí otra vez con él en algunas asignaturas de la Facultad. Nos reconocimos de sopetón. Se me acercó de soslayo para que le ayudara con una de aquellas materias innecesarias de la carrera. "Yo a ti te conozco", le dije. "¡Toma, y yo a ti, del Lucas!". Todavía tenía aquel hablar de cejijunto, resultado de una timidez tan extática que resultaba hasta milagrosa. Me hizo muy dichoso saber que al cabo de esos años Carlos aún le daba a la tecla, aunque para entonces cada uno militaba, si es que realmente militábamos en algo, en bandos literarios que civilizadamente nosotros considerábamos irreconciliables. Había caído presa del magnetismo (luego se vio que falso e interesado) de un profesor supuestamente rojo con el que yo mismo más tarde tuve un tropiezo desafortunado. De todos modos, a pesar de nuestro pretendido enfrentamiento estético, que nos daba para entablar toda clase de bufonadas y disparates, la amistad entre Carlos y yo fue ensanchándose hasta volverse una pu-



LA GALAXIA A MEDIODÍA

Francisco León

ra fraternidad inquebrantable, y creo que hoy, cuando escribo estas líneas a las tantas de la noche, estaría sentado a su lado en el alto y frondoso caserón de La Guancha, como hicimos durante mucho tiempo cada viernes, mirando los resplandores del fogón, bebiéndonos un whisky abusivo robado del mueble bar de sus padres y leyéndonos poemas.

Víctor era nasón y desconfiado, siempre con un rebujón de pañuelos alérgicos en las manos y un flequillo colgadizo que le tapaba la mitad de la cara. Los dos fardábamos de tener una tertulia de poetas, o algo parecido, y a menudo nos paseábamos con libros de poesía que, para desconcierto de amigos, nadie en realidad nos obligaba a leer. En verano solíamos explorar la costa y nadar en las caletas más inverosímiles imitando a nuestros mitos literarios. Nos estirábamos al sol marino, como en un Cadaqués atlántico, y fantaseábamos

con la idea ser vanguardistas. Aquello nos parecía la mar de lírico. Vivíamos hipnotizados por la obsesión colectiva de entonces, medio folclórica y un poco panderetera, en torno a Lorca, Buñuel y Dalí, de modo que no tardamos mucho en escribir juntos, y en verso, una tragedia teatral con pescadores recios, hijas raptadas y amantes ahogados, todo con una pedantería lorquina que debió de quedarnos infumable.

En otra ocasión se nos ocurrió pasar unos días en una casita propiedad de sus padres, en los altos de Icod, para dedicarnos a la creación pura: por fin pintaríamos y escribiríamos a nuestras anchas. Nos encerramos un largo fin de semana, muertos de frío, bebiendo un vino gélido y negro y oyendo hasta el hartazgo un disco de Aute que hoy no escucharía ni atado a una silla.

Naturalmente no conservo nada de cuanto escribí esos días, si escribí algo.

En cuanto a Víctor, regresó al pueblo, orgulloso, con un par de chapas de madera pintadas con manchurroneos a lo Miró, otro de nuestros fetiches de entonces. Una de esas pinturas fue a parar, como regalo de cumpleaños, creo, a manos de una muchacha con quien el artista había tenido sus intercambios. El idilio acabó abruptamente un par de semanas más tarde cuando la muchacha, escasamente dotada para la admiración del arte y afectada al mismo tiempo de espantosos dolores de espalda, decidió que la obra de arte en cuestión debía acabar bajo su cama, entre el somier y el colchón para ser exactos, donde llegó a cumplir funciones más útiles al organismo, dijo ella con toda lógica, que la simple y absurda de estar colgada en una pared.

En fin, que los cuatro camaradas debíamos de ser la monda, no solo a ojos de aquella muchacha, también para el resto de amigos, alérgicos a la lectura, a la poesía, al arte vanguardista; aún así nos sospechábamos catecúmenos de una especie de religión extravagante que sin embargo nos mantenía ajenos a las burlas y a la claudicación, como elevados en un sueño un tanto atolondrado e higiénico.